

FEDERICO JEANMAIRE

PAPÁ



Jeanmaire, Federico
Papá. – 1a ed. – Ciudad Autónoma de Buenos
Aires : Edhasa, 2015.
176 p. ; 22,5x14 cm.

ISBN 978-987-628-367-0

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Diseño de tapa: Juan Balaguer

Primera edición: junio de 2015

© Federico Jeanmaire, 2003, 2015
© De la presente edición Edhasa, 2015
© De la imagen *The intruder*, Liliana Porter, 2011

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 5032 7069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN 978-987-628-367-0

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Arcángel Maggio – División Libros

Impreso en Argentina

*A la memoria de mi viejo, Luis Emilio.
Pero también para Juanito, mi hijo.*

A mi padre lo estamos velando desde hace más de dos años. Mi mamá, mi hermano mayor y yo. Y elijo el verbo velar, y no cualquier otro que resulte un poco más cómodo o suene un poco menos antipático, porque me parece que es el único verbo capaz de describir con alguna exactitud nuestro proceder. Más de dos años: desde el preciso día en que el cirujano que lo operaba por cuarta vez, en un lapso muy corto de tiempo, salió del quirófano vestido de impecable celeste, nos llevó a una sala apartada del resto de los parientes y amigos que nos acompañaban, y permitió que decidiéramos entre cortar la arteria sobre la que se apoyaba el cáncer o no cortarla. Las probabilidades de que sobreviviera al intento de volver a unir la arteria que atravesaba el hígado eran escasas. Muy escasas. Demasiado escasas. El veinte o el treinta por ciento, creo que dijo, si no recuerdo mal. Por eso, ninguno de los tres dudó. Sin mirarnos le exigimos que lo cerrara así como estaba, que por favor. Sólo mi madre, con lágrimas en los ojos, se animó a preguntarle aquello que ni mi hermano mayor ni yo, aunque lo estábamos pensando, nos habíamos animado a preguntar: cuánto le quedaba de vida. Y entonces el médico no tuvo más remedio que informarnos que calculaba que podría vivir un año, aproximadamente; que con mucha suerte quizás un año y medio.

A partir de aquella mañana lo estamos velando.

Y no sólo en el fácil sentido de acompañarlo, de cubrirlo, de protegerlo, de mimarlo. También en el contradictorio de coquetear, de vez en cuando, con la absurda idea de cancelar la ineludible existencia de las enfermedades o de los almanaques. Estirando los días como si se trataran de chicles. Volviendo a creer, como cuando éramos niños, en alguna imprecisa forma de la eternidad.

Más de dos años conviviendo con la muerte, pensando en ella, remitiéndonos constantemente a ella. Mi mamá, mi hermano mayor y yo. Hablando de ella. Velando a un cuerpo vivo. Todavía vivo. O mejor, velando una cabeza; sobre todo una cabeza que se empeña cotidianamente en desmentir a su propio cuerpo y a los aproximados dichos celestes de la ciencia.

Cuerpo y cabeza de padre.

Un cuerpo que, por otra parte, recién ahora conozco en su totalidad. Después de aquella operación, la segunda, la de la colostomía, cuando a la madrugada siguiente se le dio vuelta el intestino, según palabras médicas, no mías. Yo estaba solo cuidándolo y a él no le importó que lo viera desnudo. No le importó. En realidad, no sé siquiera si se dio cuenta. Aunque sospecho que sí porque a partir de entonces sus desnudeces dejaron de ser un problema en nuestra relación. Antes jamás. De ninguna manera. Imposible. Había que tocar convenientemente las puertas de las habitaciones y de los baños antes de entrar. Esperar afuera. Siempre. Y, si no, había gritos o retos, a veces hasta una piña.

El tema de la cabeza es distinto.

Totalmente distinto.

Creo que la fui conociendo a medida que iba conociendo la mía si es que, desde luego, es factible conocer la cabeza de otro o, incluso, la cabeza de uno mismo. Una mente, la de mi padre, tan simple como cualquier otra mente: me refiero a cuatro o cinco ideas centrales con sus infinitos y previsibles derivados, con sus obvias contradicciones. Igual a la mía. A la de casi todos. Pero una cabeza que, me parece, supo esconderse, desde siempre, bastante menos que las entrepiernas que la transportaban. Que nunca se ruborizó de sus formas, quiero decir. Que se aceptó desde el principio de los tiempos con cierta facilidad. Quizás hasta con alguna incomprensible felicidad o jactancia.

No sé.

De cualquier modo, se me ocurre que velar la próxima muerte de otro no es sencillo. Todo lo contrario. Que resulta una tarea bien ardua. Agotadora. Y no porque se trate de un ser querido, de mi padre en este caso. No es por eso. O al menos no es sólo por eso. Es ardua porque nos remite a nuestra propia muerte o a lo efímero de cualquier futuro. Es agotadora porque irremediablemente termina mezclando las coordenadas del tiempo con las del espacio y nos sumerge en la humildad más completa: en lo meramente animal que se esconde detrás de lo humano. Detrás de lo que pomposamente acostumbramos a definir como humano.

Por eso estoy escribiendo.

Porque se aceleran los tiempos y la quimioterapia ha sido interrumpida hace un par de meses debido a su manifiesta incapacidad de detener nada y el cuerpo de mi padre adelgaza rápidamente mientras la cabeza sigue intacta y su piel ha virado hacia el tono más antipático del amarillo y han aparecido los vómitos y las descomposturas se han ido multiplicado geométricamente. Escribo porque el hombre es el único animal que escribe y porque, además, nunca pude comprender cómo es que hacen los hombres que no escriben para velar su propia conciencia de la muerte. Aunque, quizá, sólo esté escribiendo debido a que nunca logré entender del todo bien para qué era que lo hacía y esta es una nueva oportunidad que se me presenta para averiguarlo. Una gran oportunidad.

De todas formas, no creo que consiga averiguar nada tampoco esta vez.

No lo creo.

Y no lo creo porque se me hace que la escritura, al igual que la vida, resulta perfectamente incapaz de responder a ninguna otra cuestión que no sea su propia posibilidad de existir. La escritura, esa cosa tan perfectamente incapaz, al igual que la vida, de responder a ninguna otra cuestión que no sea su precaria y angustiosa necesidad de ser.

El chico que alguna vez fue mi padre era el mayor de cuatro hermanos, dos mujeres y dos varones, que nacieron y se criaron en el campo. La casona familiar estaba construida sobre una loma, encima de uno de esos repliegues o acumulaciones bestiales de tierra que cortan la monotonía lineal de la pampa cerca de sus ríos angostos y marrones, casi siempre inundados.

Eran ricos.

Tenían un campo extenso repleto de bañados pero también con sus zonas buenas. Un campo lleno de vacas en los bajos y maizales en las partes aptas que daba gusto recorrer a caballo. Un campo lindo para perderse persiguiendo teros o perdices. Espantando garzas. Lindo para llegar hasta la orilla del río y bañarse en verano o pescar en cualquier época. Siempre con la onda en la mano, por supuesto.

Había una quesería, también. Un galpón enorme de olor rancio a pocos metros de la casa. Y muchos peones y tamberos y perros y gatos y gallinas y pavos dando vueltas por ahí. A toda hora. Animales y gente que hacían más sencilla la tarea cotidiana de escaparse a la soledad de la montura de un caballo. Porque, la verdad, a mi viejo me lo imagino solo de pibe. Muy solo. Y como argumento de tal imaginación tengo en primer lugar a la herencia: soy su hijo, después de todo, y conozco bastante bien mis propias inclinaciones. El

segundo argumento tiene que ver con la experiencia: he convivido con él durante un montón de años y es el tipo de personas, quizás también como yo, que siempre están solas a pesar de que haya multitudes dando vueltas a su alrededor. Y me apuro a afirmar que no creo que se trate de ningún defecto o de ninguna virtud en particular, sospecho que se trata, sencillamente, de la mismísima condición humana llevada unilateralmente hacia algún extremo; que la sociabilidad, lo que constituiría el extremo opuesto de la misma cuestión, no es más que una muestra casi patética de aquello que es tan esencial al hombre: la imposible y a la vez imperiosa necesidad de ser junto a los demás hombres.

Una soledad a caballo, al aire libre, la de mi padre; así como la mía, treinta años después, fue una soledad del encierro, de los rincones más o menos oscuros. Distintas maneras, aunque en el fondo parecidas, de prepararse inconscientemente para la acción adulta: para la escritura, en mi caso; para las armas, en el suyo.

A caballo yendo a la escuela, también. Una legua de ida y otra de vuelta, todos los santos días. Diez kilómetros cotidianos de tierra o de barro para reflexionar sobre lo por venir. Para decidir, una tarde cualquiera de invierno, que la libertad de la huella podría multiplicarse, increíblemente, en un liceo militar de la ciudad gigante.

Cosa rara, la determinación del chico que por aquel entonces era mi padre: desde el lomo de un caballo, un buen día, cambiar la onda y el río por la disciplina

militar. Hacerse militar en una familia que sumaba, ya, varias generaciones campesinas.

Cosa rara.

Pero sospecho que explicable.

La década del treinta del siglo veinte fue una década contaminada de patria: de palabras sobre la patria o de la mismísima palabra patria. Una década de decisiones drásticas, de giros violentos, de saltos al vacío, y tales humores patrióticos suelen ser contagiosos. Suelen metérsenos en los intestinos o pegársenos en las arterias sin darnos cuenta, igual a como se nos mete o se nos pega el cáncer. Y también está el tema de la familia, de los límites, del mundo visto como una posibilidad casi infinita de aventura, del profundo aburrimiento que muchas veces produce la libertad horizontal de la pampa.

De todos modos, y aunque las cuestiones anteriores puedan haber tenido algo que sumar en su determinación, yo me inclino por otra más íntima, más fácil. Me inclino por la ambigüedad que casi siempre encierra la soledad: la milicia le ofrecía la ilusión de la camaradería, esa suerte de nueva familia, de familia para siempre, con jerarquías verticales muy rígidas pero repleta, al mismo tiempo, de una absoluta informalidad entre pares, informalidad que no le permitía su condición de hijo mayor del patrón. La ilusión de una soledad compartida y anónima, en algún sentido. Y se me ocurre, además, que tomó la decisión de muy pequeño, quizás soñando a la caballería como una argucia: como la manera de ser chico para siempre, de poder jugar a la guerra eternamente,

de tener amigos solitarios y anónimos que también supieran disfrutar de los caballos o de las guerras o de las interminables charlas sobre la patria. Con ganas, seguramente, de olvidarse por un rato largo del olor rancio de la quesería y de los peones y de los tamberos y también de los perros y de los gatos y de las gallinas y de los pavos.

Mi abuela, la dueña de aquella jauría de animales más o menos domésticos, repetía hasta el cansancio que había sido su verdadera y única vocación, que mi viejo había nacido con alma de milico, que a ella no le había gustado nada que se hubiera ido al liceo, que era muy chico cuando se fue, pero que con el tiempo lo había podido aceptar, que por eso se había enojado tanto con él cuando le dieron la baja del ejército, que no le había dirigido la palabra durante varios meses, que uno no puede hacer nada contra su vocación o contra su destino, que a ella le parecía que su hijo nunca iba a poder ser del todo feliz si no era militar y que, en definitiva, había sido una lástima grande que renunciara por una cuestión de honor, por una zoncera semejante.

Cosas de la vida.

Mi caballo fue una bicicleta. Y mi campo un pueblo con cientos de hombres que salían a trabajar muy temprano, vestidos de azul desteñido, justo un rato antes de que sonara la sirena en una fábrica de larguísimas chimeneas que echaban sobre las calles un olor insoportable a maíz quemado cuando soplaban el viento del norte. Mi escuela quedaba apenas a dos cuadras de esa fábrica. Y todavía guardo la fotografía de mi primer

día escolar, adelante de una puerta abierta de dos hojas con el consabido escudo en su parte superior, cargando en la exacta medida de mis posibilidades una enorme y flaca cartera de cuero marrón, peinado con raya al costado y mucha gomina, demasiada para mi gusto, las piernas flacas con cierta tendencia a juntarse sin motivo en la zona de las rodillas y mi hermano mayor riéndose incomprensiblemente de la situación a un costado. Ignoro si mi padre era quien estaba tomando la foto. Me encantaría que sí. Pero no lo sé y él no se acuerda.

Lo cierto es que muy poco tiempo después de esa escena fue que descubrí que la escritura me permitía ciertas libertades que ni siquiera la bicicleta o las hamacas, que tanto me gustaban, me permitían. La escritura, una máquina colosal de hierro negro con base de madera que había pertenecido al padre de mi madre. Un montón de teclas duras a las que había que pegarles para que se hundieran. Una pesada herramienta que me dejaba, alegremente, inventar el mundo a mi verdadera imagen y semejanza.

La escritura.

Esa posibilidad infinita de ser chico y solo para siempre.

Aunque mirando el asunto con algún cuidado, resulta bastante extraño pretenderse escritor en una familia de varias generaciones campesinas y con un padre frustradamente militar.

Cosa rara.

Pero creo que explicable, también.